

# **UN EJEMPLO**

Podría serlo de mi vida disoluta. Pero no tengo tales costumbres: sólo soy un hombre ordenado en lucha constante de supervivencia, con un pasado que contemplo en el sopor del traqueteo y un presente cuyas vías se pierden, sin llegar a unirse, en la perspectiva futura. Funciono con una locomotora, lo que me lleva a detenerme de vez en cuando en alguna gran estación y, como pasajero de mi propio destino, apearme del tren por un tiempo y aspirar las fragancias que desde los campos circundantes invaden el blanco descascarillado de los edificios ferroviarios en progresivo desuso. Entonces me pregunto, mientras inspiro profundamente, sobre la costumbre que tiene la humanidad de olvidarse de sí misma. Todos andan con la vista perdida, concentrados en un futuro que no atisban mientras tropiezan continuamente, despreciando lo que son y lo que les rodea. A mí, en cambio, me gusta respirar la historia de cada lugar; no la pasada (a mi disposición en los dilatados ratos de ocio de que dispongo), sino la que se va forjando en el instante en que el espacio al que llego comparte mi existencia.

Me había detenido en Santa Justa. Ya el invierno sevillano declinaba tras su tímida aparición en una atmósfera de incertidumbre húmeda. Llevaba tres semanas entre raso y neblinas. Las exhalaciones de gas de la locomotora me advertían de que había consumido la mitad de mi recreo. No quería aguardar en la estación el tiempo que me quedaba: me metí en el autobús más próximo y pagué un billete al centro de la ciudad. No llegué más allá de la Plaza del Duque, donde me interné en una de sus calles incipientes para acabar mirando diminutas lechuzas de cristal en un bazar.

Eran figurillas de pose totémica, talladas en múltiples facetas. Todas ellas reproducían mi figura resignada al contemplarlas detenidamente. De las dos hileras de lechuzas que me contemplaban, sólo una se diferenciaba del resto, guiñando un ojo en un gesto picaresco que rayaba la procacidad. Alguien entró entonces en la tienda. Cogí aquella lechuza, aprovechando el descuido del dependiente y el ángulo muerto de la cámara de seguridad, y la guardé en el bolsillo de mi chaqueta. Una joven se había dirigido al mostrador. Era alta, rubia y blanca de piel; vestía con cierta elegancia, ensalzando recatadamente su belleza natural. Llevaba el cabello, largo y liso, recogido en una cola; sus hermosos ojos azules se parapetaban tras unas gafas de pasta morada. Preguntaba al dependiente por un colgante cuando me vio. E ignorándome, la joven continuó con la conversación hasta obtener, de la mano desmayada del tendero, una dirección difusa entre un pasillo repleto de escobas y aquel en el que yo me hallaba.

No debía sentirse cómoda ante desconocidos; tal vez yo no le inspiraba demasiada confianza. Aguardé pacientemente a que, tras la búsqueda infructuosa en el pasillo de las escobas, se decidiese por hacerme compañía. Cuando finalmente lo hizo, le dediqué una sonrisa entre tímida y amable —como si yo también me avergonzase— antes de indicarle dónde encontrar aquello que había solicitado del dependiente. La joven me agradeció la información con un leve gesto de indulgencia, obtuvo el colgante y pagó con monedas. La seguí en secreto cuando salió del bazar, ante la indiferencia del tendero, el cual quizás nunca supo de la lechuga de cristal que le había robado. Cruzé las plazas de la Concordia y de la Gavidia, y al fin, habiendo recorrido la mayor parte de la calle Baños, la joven accedió al Conservatorio Superior.

Fue así como supe que era estudiante; no una aventajada instrumentista —sólo llevaba un pequeño estuche con un ordenador portátil—, sino una alumna de composición o de musicología. Traspasé el umbral del edificio, recorriendo dos patios antes de perder a la joven de vista en unas amplias escaleras que, desde uno de los extremos del segundo patio, se desplegaban hacia el piso superior. Me detuve a contemplar el atrio, excesivamente marcial en una ciudad con tantos edificios religiosos. Arcos de medio punto sustentando los fríos pasillos de los dos niveles dispuestos en torno al patio y frontones sobre las ventanas: nada más se me había perdido en aquella construcción militar de inspiración manierista. Pero tampoco quería abandonar por el momento el propósito que me había fijado. Salí del conservatorio y deambulé por las calles adyacentes, entreteniéndome con el trajín urbano mientras el tren permanecía en la estación de Santa Justa.

Recién pasado el mediodía, la joven abandonó el edificio. El sol asomaba entre jirones blancos que con el atardecer fueron espesando hasta tupir la débil luz de poniente. La joven apresuró el paso en contraste con la ida, deteniéndose en la Plaza de la Campana. Allí aguardó en la parada del autobús con el mismo número que me había dejado en la Plaza del Duque, la plaza contigua. Hace una eternidad que desconfío de las coincidencias: creer en ellas supone afirmar que el mundo se rige por algún alocado mecanismo que siempre consigue armonizar los intrincados caminos de la vida. Por eso me situé en la misma cola que la joven, a una distancia prudencial de varias personas. Otra coincidencia me llevó a ocupar el último asiento libre junto a aquella muchacha. Una temperatura sofocante y un conglomerado de olores entre neutros y nauseabundos. Apatía, chismorreos y conversaciones discretas con los teléfonos móviles. El cristal de

la ventana, a través del cual la joven contemplaba distraídamente el devenir del paisaje urbano, confería una tonalidad enfermiza a la cotidianidad vespertina.

—Yo habría adquirido una lechuza —le dije.

Y tras mirarme y escucharme, la joven me rescató de su memoria con un leve asentimiento de la cabeza.

—Ahora lo que necesito es una lágrima —respondió.

Se llamaba Macarena, era muy sentimental y le gustaba la tristeza, quizás porque hasta entonces había llevado una existencia marcada por la melancolía. Por eso se había comprado un colgante con una lágrima: para recordarle que el llanto, además de permitirle sentir con mayor intensidad la pena, acaba ejerciendo cierta catarsis en el desaliento. Suspiré conmovido por su forma de entender la vida.

—¡Quién pudiera regodearse en el mundo de oportunidades perdidas! Mi tormento es la lejana desazón de un árbol viejo, cuya savia apenas da para recordar todo lo que pudo ser y acabó diluyéndose en un pasado cada vez más profundo —repliqué.

Aparte de aquel intercambio de pesares, compartimos media hora de conversación. Luego bajé frente al Palacio de Congresos; Macarena siguió en el autobús, visiblemente consolada. Ya mis piernas me llevaban de regreso a mi destino, sin volverme a contemplar cómo se alejaba el autobús. Estación de cercanías: de nuevo, Santa Justa. Mi tren permanecía en duermevela. “Tres noches más”, oí en mi cabeza. Entré y ocupé mi litera, donde los sueños eran recuerdos lánguidos, sin el desasosiego de la pesadilla pero con el sufrimiento pasivo como descanso acostumbrado. No esperé a que amaneciera para regresar a la Plaza del Duque. Dos plazas más. Calle Baños. Conservatorio Superior de Música.

El destino conspira a mi favor cada vez que me alejo del tren: es su regalo durante mis breves incursiones al mundo real, una dicha fulgurante que se transforma en maldición cuando la rememoro en el traqueteo casi interminable de mi trayecto ferroviario. La escalinata ancha y pesada del día anterior, al término de la cual me encontré con una mesa con bancadas adosadas que ocupaba un grupo de estudiantes, entre ellos Macarena. Al verme, la joven abandonó su lugar en el grupo y salió a mi encuentro.

—Te conozco —me dijo.

—Soy el nuevo profesor —le anuncié.

—¿De metodología? —preguntó.

—De metodología —me reafirmé en el engaño.

—Teníamos clase a primera hora —me reprochó.

—¿Cuándo y dónde será la próxima? —inquirí.

—En el aula veinte, en cuarenta minutos. Deberías saberlo —suspiró, quizás decepcionada de mi aparente necesidad.

—Nos vemos en cuarenta minutos —le aseguré.

Me resulta fácil improvisar sobre cuestiones academicistas, máxime cuando las acompaña un adjetivo tan armonioso como el musical. Siglo y medio de estudio laborioso para acallar el traqueteo del vagón, ese ruido que me recuerda lo mecánica que se ha vuelto mi vida desde entonces; siglo y medio adaptándome a la evolución de la humanidad, cada vez más vertiginosa, desequilibrada, neurótica; siglo y medio distraendo mi mente de todas mis vivencias, tantos y tantos ejemplos como el que ahora me atormenta, un fardo cada vez más pesado. Todos los alumnos me contemplaban mudos: unos por el asombro que les producía mi discurso; otros, con ojos de besugo, como si cuanto yo dijera no tuviera que ver con aquellos cerebros distraídos o abotargados de estulticia. Y mis palabras iban para todos ellos, en especial para la joven rubia que había comprado una lágrima en un bazar, no muy lejos del conservatorio superior.

Al término de la clase, le pedí a Macarena que me indicase un lugar para comer. Me dijo que cualquier local del centro de la ciudad valía para tapear. Cuando me enteré de que ella comía sola en el conservatorio, me compré un bocadillo y me ofrecí a acompañarla. Fue así, en la frialdad de aquellos patios cuarteleros, como pude entrar en los recovecos del alma de Macarena, indagando en su juvenil espíritu falto de cariño mientras la seducía con mi locuacidad. Al término de la jornada, salimos juntos del conservatorio. Pero en aquella ocasión, en lugar de tomar el autobús en la Plaza de la Campana, abandoné a Macarena para recorrer a pie la distancia que me separaba del metro, de donde me apearía para acceder al tren de cercanías en la estación de San Bernardo. Ya lejos, me volví un instante. La joven permanecía inmóvil, contemplando mi marcha.

Dos días más y todo habría acabado en aquel lugar. Deseoso de su liberación, mi cuerpo se inquietaba en la litera del tren que descansaba momentáneamente en Santa Justa, provocándome una ligera zozobra que, por fortuna, no me sacaba de mi limitado lugar de descanso para estamparme de bruces contra el suelo del compartimiento.

Un nuevo día para una determinación inquebrantable —e inevitable— como la mía. El sol borraba lentamente el frío del amanecer; la humedad persistía en hondas concéntricas a partir del Alcázar (la frialdad restante la aportaba la cercanía del

Guadalquivir). Otras clases en el conservatorio superior. Pero ahora sólo existía una alumna, igual que para ella sólo había un profesor. Ni siquiera hubo palabras para, de mutuo acuerdo, escapar a mediodía. Macarena me cogió de la mano y tiró de mí apenas franqueado el portón del conservatorio. Al salir de la calle Baños me besó. Tembló como tiemblan las lágrimas antes de iniciar su recorrido por la mejilla. ¡Suaves, tímidos, cándidos, jugosos y entregados! Los labios de Macarena agitaron mi pecho adormecido. Por mis ojos entrecerrados se coló la intensidad del mediodía.

Un paseo por una ciudad que yo había visto expandirse hasta aquel caos de principios del siglo XXI. Puerta de Carmona, Puerta de Osario, Puerta de San Fernando: todas en pie, a veces con dificultades para franquearlas antes de cambiar el contrabando por la carrera militar. Ahora volaba libre por la ciudad antigua con la joven y hermosa enamorada que me había besado tras abandonar la calle Baños. Macarena había entregado su corazón a cambio de un día de dicha absoluta, quizás el único de su vida a partir de entonces.

—Mañana regresaré al tren. Eres joven y puedes amar a otros —le advertí consciente de que era tarde para ella.

Determinación inquebrantable e inevitable: de haber encontrado en mi naturaleza un atisbo de piedad para el prójimo (e incluso para mí mismo), me habría suicidado mucho antes de llegar a aquella situación. Macarena me miró intensamente, con ese azul diáfano matizado por la miopía que la pureza y la fe absoluta confieren a los sentimientos más intensos de la juventud.

—Mejor estar un día con el amor de mi vida que cuarenta años con cualquier otro hombre —respondió.

Por su voz grave y su mirada húmeda, tuve la certeza de que me había descubierto y de que ya no podría engañarla. También supe lo que ella supondría para mí a partir de entonces. Anduvimos por el lento periclitar del día sevillano, mucho más entregados al amor recíproco que antes de la confesión mutua. Un hostel en el barrio de Triana nos retiró a tiempo de la nocturnidad ajena. Nos entregamos a la manifestación del sentimiento mutuo hasta bien entrada la mañana. Horas de amor y de entrega, de placer y de ternura, de conversación y de gemidos; horas de clímax intercalados con fugaces ensueños, de caricias y apretones, de tensión y laxitud. Romanticismo y concupiscencia, apenas separados por el matiz idealista que bien pronto quedaba anulado por la lujuria. Pero, como todos los ejemplos, aquel también llegó a su fin cuando tuvimos que abandonar el hostel. La misma reciprocidad nos arrancó la tristeza (la mía pálida, la de

ella lacrimosa) al tomar el tren de cercanías. Yo no quería: Macarena se empeñó en acompañarme.

Fue el día más luminosamente melancólico de mi existencia. El sol, entre ocre y anaranjado, nos abandonó al entrar en Santa Justa. Lentamente me fui alejando de Macarena al aproximarme a mi vagón. Antes, un beso y un abrazo tan sentidos como silenciosos. Y ese devenir de trenes y pasajeros como frondosa textura de fondo. Macarena tomó en la mano el pañuelo que adornaba su cuello y lo agitó a modo de despedida. Entré en el vagón. Arrancó el tren. Un recuerdo más, otro ejemplo de por qué la infelicidad me resulta tan lánguida.

Espacio distanciando a los astros; silencio en la música; tiempo entre las vivencias: sólo los pensamientos encadenados hilvanan una sensación de continuidad narrativa donde en realidad nunca la hubo. Al fin, después de otras tres o cuatro paradas, el tren se detuvo en Atocha. Era el mismo viaje, pese a haber transcurrido algunos años. Un suspiro de la máquina al detenerse, como el resoplido de un viejo caballo una vez concluida la jornada. Bajé la escalerilla desplegada. Frío blanco atiborrado de trajín, más frenético que en Sevilla por tratarse de una ciudad más grande. La moda había cambiado; la gente me parecía igual, pese al tiempo que hacía que no pisaba Madrid. También yo había actualizado mi indumentaria. Mi aspecto gozaba de su caballeresca perennidad. Discreto entre la multitud, oculto sin esconderme. Iba a disfrutar de mis días libres: quizás a husmear en los escaparates de la Gran Vía, a gozar en el Retiro del sol que no mordía todavía, a perderme en el Parque de San Isidro, ahora que mayo se hallaba en sus días centrales.

Ella acabó con cualquier vaguedad de proyecto que me rondara por la cabeza, allí, de pie, junto al andén, con una niña de la mano, luciendo su cuello el colgante con la lágrima que compró en aquel bazar sevillano. No tenía por qué, ni quise hacer otra cosa: me dirigí hacia Macarena con la sonrisa confiada del que nada teme. A su vez, una sonrisa suplicante asomó al rostro de la joven que amé, ya no tan joven, pero igualmente hermosa. La niña me miraba fijamente, mientras a Macarena se le escapaba una lágrima tan gruesa como la del colgante. De nuevo juntos. La abracé y la besé de igual modo que el día de la despedida, si bien era la dicha la que ahora imprimía la intensidad al reencuentro.

—¿Cuántos días? —inquirió a continuación.

—Cuatro —respondí.

Y como la niña no dejaba de mirarme, le pregunté a Macarena de quién se trataba. Mi amada me dijo que se llamaba Sol y que era su hija. Me agaché, metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, y extrayendo la lechuza de cristal que compré en la tienda donde conocí a su madre, se la tendí a la niña. No la aceptó hasta que Macarena le incitó a cogerla.

—¿Y ahora? —quiso saber mi amada.

La cogí de la mano. Con ella y con la niña me alejé de la estación. Hubiera querido que fuese para siempre. Macarena me besó delante de la niña, la cual nos miraba con los ojos muy abiertos, sin atreverse a hablar. Sólo lo hizo una vez, casi cuatro días después. Noventa y siete horas y cincuenta minutos antes sólo deseaba disfrutar de Macarena, animosa y esperanzada. Aquel sentimiento compartido nos condujo al parque de la Arganzuela, reformado desde la última vez que había estado en él. La misma fuente de antaño impulsaba su chorro con acuática virilidad, impregnando de diminutas gotas dulces a cuantos se acercaban. Sol quiso correr hacia ella; Macarena la retuvo.

—No quiero que te mojes y después te constipes —la regañó. Luego, bajando la voz y fijando sobre mí sus irises (cristalinos como el agua que emergía del surtidor), añadió —: Aunque yo nunca me he arrepentido de empaparme.

Bordeamos la fuente para perdernos en nuestro mundo de ilusiones efímeras, un paréntesis de frugalidad amorosa a mi maldición. Nunca había formado parte de algo tan sencillo y a la vez tan entrañable. Únicamente mis anteriores días con la joven Macarena igualaban en el recuerdo aquella experiencia, tan significativa para mi alma, apergaminada por exceso de estatismo. Ella me abrazaba vergonzosa en público, guardando su fogosidad para cuando la niña dormía. Mi amada se había convertido en una amante experta, temblando ardientemente con el éxtasis de lo percedero. Con todo, había en su proceder una entrega que sólo el amor incondicional hace posible. Luego Macarena dormía, y yo atesoraba aquellos momentos para la soledad futura.

Transcurridos los cuatro días, tuve que regresar a mi letargo ferroviario. Para entonces, el sol se había vuelto implacable y picaba el asfalto seco, por donde asomaba el primer reguero de hormigas de la temporada. Varios escalones y una puerta para acceder al redil. Atocha, más concurrida que nunca. Un andén lejano para el único tren sin anunciar en el panel electrónico. A Macarena le temblaba la mano. Logró reunir el coraje suficiente para afrontar el último beso y el último abrazo, y pronunciar las últimas palabras: “Volveré a encontrarte”.

—Cuidate —le deseé ocultando mi pesar.



En aquel instante, sólo en aquel instante, Sol abrió su boquita, trémula al principio, para exhalar por ella una voz fina, como un hilo de seda a punto de quebrarse.

—Eres un farsante —me reprochó con rabia.

La besé en la cabeza, e ignorando su desprecio, me fui. Fue la primera vez que me desesperé de mi destino.

Últimamente el tren se detiene cada vez menos en Alcázar de San Juan. La estación se deteriora: apenas es ya una de tantas de blanco descascarillado. Lejos de inhalar el aroma de la naturaleza inmediata, me alcanzaba el hedor a corrosión mientras las vías muertas se multiplicaban. Más que un cementerio de locomotoras, la propia estación se convertirá en breve en un cadáver abandonado a las inclemencias del reloj. Cierre de puertas. Adiós, Alcázar de San Juan. Y me preguntaba una vez más, respirando aliviado, sobre la costumbre que tiene la humanidad de olvidarse de sí misma. Me gusta aspirar la historia de cada lugar, siempre que no atufe a muerte o arrastre su pasado inerte. En ocasiones, la vida que se va forjando en el espacio al que llego me reclama impagos de otro lugar y de otro momento.

Fue la última vez que arribé a la Estación del Norte: un nuevo tren me reservaba el pasaje en la estación de Joaquín Sorolla, dos días después de mi llegada a Valencia. Cálida tarde de mayo dorando los últimos pisos de los edificios de la calle Játiva. Los andamios afeaban la Plaza de Toros, contigua a la estación y en estado de remodelación tras su nueva funcionalidad como edificio histórico. El tráfico de otrora casi se había extinguido en la calle Colón, donde el transporte público y los carriles de bicicletas y patines eléctricos apenas concedían espacio a coches esporádicos con motor de hidrógeno y motocicletas de ruedas anchas. Grandes almacenes, tiendas de ropa y franquicias diversas, escaparates concebidos para la aglomeración peatonal que repetía —con ligeras variaciones— la moda de hacía veinticinco años, cuando conocí a Macarena. Valencia, como Madrid, nunca será Sevilla.

Aproximándome al Parterre noté que alguien me seguía. Bastó un leve movimiento de la cabeza, en aparente contemplación de las aglomeraciones arquitectónicas que flanqueaban aceras y calzada, para percibir una silueta ocultándose entre viandantes como quien se parapeta tras los troncos de árboles caducifolios en un bosque en otoño. Aceleré la marcha y empecé a contar en mi cabeza (uno, dos, tres...). Al llegar a doce me detuve súbitamente y me volví.

Allí estaba ella, igual de joven y hermosa que veinticinco años atrás; con expresión resuelta y la mirada implacable en sus ojos azules; en su cuello el colgante con la

fatídica lágrima del bazar; aferrando con el brazo izquierdo un bolso grande mientras que oscilaba el derecho por efecto del andar apresurado al que la había sometido mi persecución. No se contrarió cuando la descubrí, aproximándose ahora más pausadamente. Y en sus gestos adiviné, sin sorprenderme, que Macarena había sido reemplazada por una nueva versión de sí misma que también me conocía y que, además, me odiaba.

—Cuánto tiempo —me saludó, no ya con la boquita trémula y la voz fina de antaño, sino con la gravedad y firmeza de la situación vigente.

—Has tardado demasiado, Sol —respondí con media sonrisa.

—Vamos a una cafetería —ordenó.

—Mejor un hostel —le aconsejé.

Deshicimos nuestros pasos para alquilar un cuartucho en un viejo edificio del barrio ubicado entre la Estación del Norte y la calle San Vicente. La recepcionista ni siquiera nos miró cuando Sol pagó la estancia. Claridad menguante por la ventana de una primera altura que daba a un patio de luces. Aquella intimidad olía a estrechez de otros tiempos. Sol extrajo del bolso un dossier que depositó sobre la cama vetusta, esparciendo su contenido con mal disimulada recreación. Ya las hojas del dossier, desperdigadas sobre la colcha, exhibían retazos de mi vida, a veces en blanco y negro, a veces en color. Así soy yo, interpretando roles como el de profesor de metodología en el conservatorio superior de Sevilla; como el de naviero arruinado en los astilleros de Vigo; como el de artista pensionado con plaza de docente en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, en Zaragoza; como el de empresario teatral en Valladolid; como el de corresponsal de gacetilla en Sagunto. Y entre todas aquellas fotografías, la más antigua, la primigenia, la única donde yo no representaba un papel: el retrato de Isabel II en San Sebastián, rodeada la soberana de algunos de sus fieles, mi rostro entre ellos, en tercera fila, al fondo.

—Me equivoqué en la huida, tomando un tren que, en lugar de llevarme al exilio en el extranjero, me condujo al exilio dentro de mi propio país —admití.

Porque yo había sido contrabandista, tramposo y ladrón, y todo aquello lo mantuve a pesar de mi meteórica carrera militar. En consecuencia, el destino me condujo hacia una vida donde, para sobrevivir, he robado sueños, alimentándome de la vitalidad de los recuerdos que inspiran. Ardides y embustes, y tráfico de necedades en un mundo en evolución perpetua. Nunca lamenté tanto mi necesidad como cuando engañé a Macarena: a ella la amaba. “Murió hace tres años”, confesó Sol, imperturbable ante la

lágrima auténtica que resbaló por mi rostro. Tras el intercambio de información, la joven introdujo la mano en el bolso y extrajo una pistola. Era un modelo discreto, de calibre pequeño, suficiente para incrustarme una bala en el corazón. Tanto tiempo aborreciéndome y al fin creía cumplido su anhelo: humillarme con su descubrimiento y ajusticiarme por mis iniquidades. Un atisbo de esperanza me aceleró los latidos, un instante que se esfumó al comprender que era imposible morir de aquella forma.

—Tengo que seguir acompañando a las épocas —le advertí a Sol.

Al fin la habitación en la penumbra. A través de la ventana contemplé brevemente la huida de los últimos restos del día. Sol no quiso escucharme: quitó el seguro de la pistola y apretó el gatillo. Un golpe seco del percutor. La bala fulguró al salir por el cañón. La lágrima del colgante se astilló.

Solo una vez más, alimentándome de recuerdos en mi litera. Hace un par de horas que tomé el tren en la estación de Joaquín Sorolla. Un nuevo modelo de vagón, amplio, estable, silencioso. Sol se repone en el hospital, de una esquirla en el muslo. La hija que tuve y no quiso entenderme. ¿Volveremos a coincidir? También ella podría ser otro ejemplo de mi vida disoluta. Insisto en que no tengo tales costumbres: sólo soy un hombre ordenado en lucha constante de supervivencia, con un pasado que contemplo en el sopor del viaje y un presente cuyas vías se pierden, sin llegar a unirse, en la perspectiva futura. Sin embargo, en previsión de un nuevo encuentro, he recuperado la lechuza de cristal, de la que Sol nunca se deshizo y que apretaba con la mano libre cuando me disparó. La figura, cuyo guiño picaresco se me antoja ahora pueril, ha perdido parte de su transparencia: parece un tanto ambarina, como el recuerdo que la fundamentó, un ejemplo que, en contra de mi voluntad, acabará extinguiéndose en mi memoria con el transcurso de la eternidad.